

Prólogo

HACE AÑOS ME CONTARON una anécdota, seguramente apócrifa, de Ludolfo Paramio. Paramio era el responsable de formación del PSOE y daba la conferencia inaugural de un curso sobre el socialismo. Al parecer un participante algo pesado planteó una larga cuestión, de esas que son en sí mismas una conferencia, en la que sostenía implícitamente que el PSOE no tenía ideología, intervención que terminaba con una pregunta retórica sobre cuál era la ideología del Partido Socialista. Paramio contestó con mucha ironía: «la ideología, en la clásica concepción marxista, es un pensamiento falso, una falsa conciencia; nosotros no tenemos ideología, porque tenemos un conocimiento exacto, objetivo y científico de la realidad».

Paramio ponía a su interlocutor, que naturalmente se situaba muy a la izquierda, frente a sus propias contradicciones. Porque si algo caracteriza a la izquierda desde sus más remotos orígenes es su rebeldía intelectual, la permanente discusión de su propio pensamiento y el rechazo de cualquier ortodoxia, sobre todo aquellas que se fundan en la tradición, el prejuicio o el poder. Y, sin embargo, hay personas que desde la izquierda manifiestan su frustración por la ausencia de una respuesta absoluta, cierta, objetiva, científica, a los problemas humanos. Una respuesta (sobre)natural, una respuesta no humana. Una solución indiscutible.

No hay tal respuesta. Y cuando surge alguna que se le parece, es una respuesta ideológica; una respuesta que busca sustentar la organización social sobre supuestos criterios (sobre)naturales, que saca los problemas humanos del debate político, es además una respuesta que niega la libertad. Esa respuesta, con toda su carga de arrogancia, la ha proporcionado en las últimas décadas el fundamentalismo del merca-

do. Fundamentalismo del mercado que se ha convertido en pensamiento único, que ha pretendido impregnar todos los aspectos de la vida social, incluidos aquéllos más alejados de la actividad económica.

Sin duda hubo un tiempo en el que la izquierda pensó que tenía la solución científica a los problemas sociales, y ese pensamiento era ideológico. Ahora es la derecha la que cree que ha dado con esa supuesta solución natural, objetiva y científica a la vida social. Pero la respuesta al relato totalizador y omniabarcante de la derecha no debe ser la oposición de uno igual pero de signo contrario. Más mercado ha sido la respuesta monótona de la derecha ante cualquier problema social, ya sea el punto negro de una carretera, la educación de nuestros hijos, el cuidado de nuestros mayores o la seguridad alimentaria. Un diagnóstico simple y una solución igual de simple. Tan simples como ineficaces.

Ideología significa idea lógica y en política no hay ideas lógicas, hay ideas sujetas a debate que se aceptan en un proceso deliberativo pero nunca por la evidencia de una deducción lógica ante la que allanar las facultades críticas.

La izquierda actual, el socialismo, ha aprendido de su propia historia intelectual y política. No hay un relato omnicompreensivo, un relato que todo lo integra y todo lo explica. Y, sin embargo, desde la política hay que dar respuestas cada día. Muchos avances sociales son básicamente empíricos, en el sentido de que no responden al desarrollo en la práctica de grandes relatos teóricos totalizadores, sino que son la respuesta política a necesidades sociales acuciantes. El estado del bienestar fue creado por partidos parlamentarios que en sus doctrinas defendían la superación del capitalismo a través de la revolución social. Estoy convencido de que muchas soluciones a los problemas que nos plantea la convivencia de diferentes culturas, por ejemplo, serán soluciones políticas, antes de que sean formalizadas por los teóricos sociales.

Por todo ello, me parece que el libro de Jordi Sevilla que el lector tiene en sus manos es un texto bien orientado. Un texto que más allá, o más acá, de proponerse como un documento doctrinal, como una ortodoxia teórica, trata de profundizar en los valores que deben sostener y configurar el socialismo. Son los valores, más que las políticas concretas, los que configuran nuestra identidad más perenne, en tanto que las políticas vienen a configurar nuestra biografía.

Las políticas han de servir a los valores. ¿Cómo se realizan la libertad, la igualdad, la fraternidad, en nuestras sociedades actuales? Ésa es la estructura del libro de Jordi Sevilla. Un libro, que como ocurre con el autor, rompe estereotipos. Uno puede encontrar en él propuestas valientes, y al mismo tiempo descubrir que son sensatas.

Porque Jordi Sevilla es un pensador valiente, que no se deja asustar por los prejuicios, y es eso lo que lo convierte en un político/intelectual con varios registros, no sólo el de experto económico, pero cuya solidez y capacidad inspiran confianza. No estamos ante el catecismo del nuevo socialismo, porque eso sería abonar una nueva ortodoxia y, por tanto, tarde o temprano implicaría una inquisición. Vemos en el libro cómo explora y trata de fundar nuevas ideas, pero siempre amparado en la razón dialógica y nunca en el poder.

A lo largo del texto que Jordi Sevilla nos ofrece desfila de forma ordenada y sugerente lo más destacable del pensamiento político actual, utilizado para defender unas ideas que, aunque clásicas, mantienen su actualidad y vigencia e, incluso, aparecen, gracias a la claridad expositiva del autor y a su pasión intelectual, revitalizadas y llenas de nuevos matices.

Ciertamente, en la actualización e implantación real de los valores que están en el frontispicio del edificio político construido por la Revolución Francesa está el mayor reto para el nuevo socialismo. No obstante, yo añadiría que algunos de sus fundamentos se podrían rastrear en valores democráticos de la Atenas clásica, en la tradición republicana del patriotismo de la libertad o en los sugerentes debates de los padres fundadores de la democracia estadounidense. En suma, esta construcción en marcha pretende combinar la defensa de la libertad negativa con la promoción de la libertad positiva, siguiendo la famosa distinción de I. Berlin, que niega la incompatibilidad entre el conjunto de derechos y libertades liberales y la participación activa en la construcción colectiva del futuro.

El socialismo de los ciudadanos que propugno se preocupa intensamente de buscar nuevas vías de diálogo con la sociedad y de abrir los horizontes de la participación política. El nuevo socialismo no teme la voz de los ciudadanos, teme la voz de la tribu, o la voz de la raza. Es verdad que la participación generada en nombre de pueblos con razones históricas para la supremacía, guiados por líderes carismáticos, acaba por cerrar las vías a la libertad de expresión y al resto de derechos individuales. Esa participación fingida de los plebiscitos no es la nuestra. Nuestro ideal de participación parte precisamente de la defensa cerrada de los derechos y libertades fundamentales, así como de una confianza en la capacidad de razonamiento de los ciudadanos, en condiciones de libertad y respeto pluralista de las diversas opciones individuales.

En consecuencia, es muy interesante la apuesta del autor por una razón ilustrada que, desde el aprendizaje histórico y la adaptación a los nuevos tiempos, guíe al ser humano. Una razón que no sea mera-

mente instrumental, sino que considere la pluralidad de valores de las sociedades abiertas y sea capaz de construir un diálogo entre personas que crean en su semejanza esencial aunque lo accidental sea diferente. Una razón que, como decíamos antes, diseñe respuestas sólidas técnicamente a los problemas de distribución de bienes escasos pero que, además, lo haga desde la comprensión de la competencia entre valores diversos, desde el diálogo con las opciones minoritarias y siempre en el marco inviolable del respeto a la dignidad de los seres humanos.

Creo que la clave para avanzar social y políticamente reside en la defensa de una concepción del ser humano que supere la miope visión de éste como un ser egoísta que busca implacablemente maximizar sus intereses. Los seres humanos guiados sólo por una visión egocéntrica no construyen sociedades dignas de ser vividas. El pacto social al que llegarían seres puramente egoístas sería incumplido constantemente, pues el ideal de tal prototipo de persona es el de que todos cumplan el pacto menos él. De ahí que defienda la capacidad del ser humano para la solidaridad, o dicho de otra forma, la razonabilidad. Las personas son capaces de ponerse en la piel del otro y de entender sus argumentos aunque no los compartan, las personas son capaces de llegar a acuerdos que no maximizan todos sus intereses, las personas son capaces de sacrificarse por el bienestar de la mayoría. La construcción histórica del estado social es un ejemplo de esta dimensión fraterna del ser humano.

El libro de Jordi Sevilla nos habla, en última instancia, de la rebelión de los ricos, nos habla de la pérdida de esta dimensión razonable de la persona. El nuevo socialismo cree en la recuperación de la dimensión solidaria de la humanidad, desde el diálogo y la pedagogía políticas. Crear las condiciones de la razonabilidad de los ciudadanos debe ser, en consecuencia, el objetivo principal del nuevo socialismo.

De lo general a lo particular, de lo abstracto a lo concreto, de la filosofía política a la política, nuestro autor desarrolla propuestas y sugerencias para fortalecer la democracia desde la perspectiva del nuevo socialismo. Estoy seguro de que los lectores podrán encontrar motivos de satisfacción y, sobre todo, de reflexión en este libro. También estoy convencido de que, después de leerlo, nadie podrá decir, con rigor, que la izquierda está falta de ideas.

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

Octubre de 2002